

Dos décadas en el Paseo Colón 1930-1950

Estrenando la Juan Rafael Mora

Podría decir que nuestro grupo estrenó la escuela Juan Rafael Mora. Mientras terminaban de construir el hermoso edificio de la calle 22, pasamos seis meses del primer grado en la escuela Colón, en calle 20.

De la Colón recuerdo algo que me impresionó mucho: era un cuarto oscuro en donde había una calavera; ahí metían a las niñas cuando se portaban mal. Gracias a Dios, por mi buen comportamiento, yo nunca estuve ahí pero me asomaba por una ventanilla para ver la calavera.

Ya en la Juan Rafael, tuvimos maestros muy buenos, como Emilce Molina, excelente, maravillosa. También la directora, María de los Ángeles Carvajal y el profesor de Música, don Alcides Prado, a quien recuerdo con mucho cariño.

En ese entonces, los hombres estudiaban en grupos separados, a un lado del salón ellos, y al otro las mujeres. Yo era una alumna de honor, fui muy buena estudiante.

Las niñas formábamos un grupo muy unido, sobre todo mis amigas "las turcas", como les decíamos a las libanesas, y otras como las Salazar Esquivel, las Salazar Fábrega y las Góngora. En los recreos jugábamos básquet, me gustaba mucho y era buena en eso.

Las amigas de calle 20

La mayoría de las compañeras éramos también vecinas y jugábamos después de las clases. Tengo recuerdos muy lindos del barrio, en la calle 20, en donde, en ese tiempo, no pasaba ni un carro; jugábamos *can*, *mecate*, *rayuela*, *jackses* y cosas así. Luego me iba a la casa de las Salazar Esquivel, donde la mamá de ellas nos preparaba un chocolate delicioso.

De mi compañera Maruja Góngora, la menor de la clase, me extrañaba que las hermanas la chinearan mucho y yo no entendía por qué. Después de que salimos de sexto, ella murió, pues padecía del corazón y esa era la razón de tantos cuidados.

En esa época, las cosas eran más sencillas y la vida más tranquila. Entre las que llamábamos "pudientes", estaban las Barzuna, Suraye y Layle, pero ellas, a pesar de ser gente de dinero, nunca hacían diferencias con sus compañeras de menos

**Flora
Ramírez Rojas**
Profesora graduada de
Bellas Artes por la Universidad
de Costa Rica. Ha incursionado
en la escultura, el repujado
y la pintura.



Detalle de fotografía del Paseo Colón de Manuel Gómez Miralles.



Entrada principal del Asilo Chapui en el Paseo Colón. Fotografía de Manuel Gómez Miralles.

recursos. Con frecuencia iba de visita a la casa de los Sauma y donde la mamá de las Barzuna, doña Margarita. Tuve mucha amistad con otra muchacha de esa familia, Olga Breedy Barzuna, que siguió siendo mi amiga al igual que muchas otras del barrio.

A bailar a la casa libanesa

Unos años más tarde, ya en el colegio, nos relacionamos mucho con la casa libanesa, donde frecuentemente íbamos a bailar mis amigas y yo.

Iban, por ejemplo, Susy y Pablo Sauma, Isabel Gazel, Marilú Hernández y María Luisa Moreno. Tengo una foto con Marilú y María Luisa en un baile de fantasía; yo iba vestida de pirata y me gané el primer premio.

Siempre he sentido un cariño especial por mis amigas las libanesas, especialmente por Isabel, hija de don Antonio Gazel, hombre de gran visión, quien fundó la tienda *La Favorita*; está casada con el doctor Miguel Dejuk.

A María Luisa la conocí recién llegada de España y vivía al lado de la casa libanesa. Se me viene a la mente mi primo Víctor Ramírez, que le gustaba a María Luisa pero don Ciriaco, el padre de ella, no lo quería. Un día que estaba de visita vieron que don Ciriaco se aproximaba a la casa y Víctor solo acató a saltar por encima de la tapia y caer al patio de los Barzuna.

Ella ha sido mi gran amiga, aunque nos separaron los años: yo me casé y fui a vivir a El Salvador por un tiempo y ella se casó con un español.

Tan grande ha sido esta amistad que, posteriormente, se convirtió en un cierto parentesco entre nosotras. Un día, me encontré en el Paseo Colón con Carlos Moreno, hermano de María Luisa; estaba muy nervioso porque su hijo recién nacido no podía mamar de su madre y andaba buscando quién lo amamantara. Por entonces, yo estaba criando a Ligia María, la menor de mis hijas mujeres. Me ofrecí como nodriza; fue un gran sacrificio porque tenía que dar de mamar cada dos horas a mi hija y dos horas después al niño y dejar leche en unas botellitas para la noche. Ligia, que estaba tan rosada, perdió el color pero gracias a Dios pude salvar al niño. Y ahora Gerardo Moreno es mi hijo de leche.

Las reuniones del barrio

La casa de mi madre, en el Paseo Colón, era el lugar de reunión del barrio. Además de mis amigas, llegaban Chale Breedy Barzuna, Mario Pacheco, Gonzalo

Adis, José Luis Moreno Borrás y muchos otros. Mario era muy peleón; luego se fue a Méjico a estudiar medicina y Gonzalo se graduó de psicólogo.

Nos reuníamos en el corredor y gozábamos mucho; los juegos eran tan simples, por ejemplo, Mario y Gonzalo se tiraban almohadas o Pablo Sauma tocaba guitarra.

José Luis Moreno era muy guapo; él me gustaba, pero no como novio; quería ser mi novio pero yo le dije que era muy joven, se enojó y no volvió. A los años se casó con una compañera del colegio, Judith Quirós.

Cuando cumplí mis quince años, mamá organizó un baile en los altos de mi casa; estuvo muy alegre. Recuerdo que mamá no me pudo comprar vestido para la ocasión y tuve que ponerme uno de mi prima Eva Rojas, que me quedaba inmenso pero no me importó para nada.

Muchas veces bailábamos en el alto de la casa y también un tiempo recibimos clases de baile con un instructor cuyo nombre he olvidado. Siempre llegaba Cata Apéstegui, quien vivía enfrente.

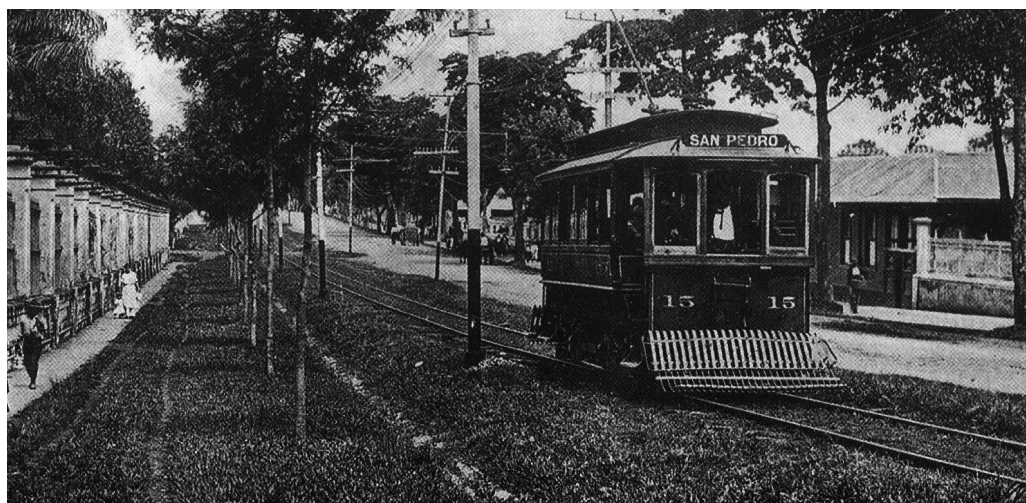
Los años de la guerra

En esa época estalló la Segunda Guerra Mundial y en San José había muchos muchachos del ejército de Estados Unidos. Mamá le alquiló el alto a uno de ellos, Joe Taifer, quien acabó casándose con una tica de apellido Sobrado.

Muchos se instalaban en La Sabana; ahí tenían un salón de diversiones en donde se podía bailar. Yo iba acompañada de mi prima Olga Ramírez. Conocí a un muchacho y le gusté; era aviador y pasaba en avión por el patio del colegio María Auxiliadora para que yo lo viera. Por supuesto, las monjas se enojaban. Este muchacho me visitó en mi casa; era muy guapo pero volvió a su país y nunca más supe de él.

Conocí también a unos holandeses quienes habían llegado en barco, todos muy respetuosos y agradables.

Ahora el Paseo Colón está muy cambiado, lleno de automóviles, negocios y edificios altos. Ya no hay poyos y los muchachos no juegan ni se reúnen en ese lugar. Pocos nos acordamos de la famosa emisora *Nueva Alma Tica* que difundía sus programas desde ese lugar y donde yo misma participé en algún concurso. Tampoco está el tranvía en el que viajamos tantas veces y cuyo sonido oíamos en la noche, incluso después de que lo hubieran desmantelado. Pero, en el fondo del corazón, perduran hasta hoy las amistades y los buenos recuerdos de aquellos años.



Tranvía a San Pedro en el Paseo Colón. Detalle de fotografía del Paseo Colón de Manuel Gómez Miralles.